

Cuando santa Teresa, el 4 de octubre de 1582, bajaba al sepulcro, la Descalcez no había entrado todavía en Cataluña, pero contaba con dos célebres carmelitas descalzos catalanes: el P. Juan de Jesús Roca, y el Hno. Benito de Jesús y la Virgen de Montserrat, ambos educados y formados (1571-1573) en el mismo corazón de la Naciente Reforma, el famosísimo noviciado de Pastrana. Cuentan de la Santa que al enterarse del ingreso a la Orden del catedrático Rdo. Juan Roca exclamó: “Ya tengo hombre en casa”.

El tiempo se encargó de demostrar a la Santa Madre que no se había equivocado en su aventurado juicio. El P. Roca fue el representante nato de la nueva Orden ante las altas personalidades de la Iglesia, ya en la capital de España, ora en la curia romana, resolviendo siempre satisfactoriamente todos los serios problemas que se le confiaron.

Once años convivió el P. Juan de Jesús con santa Teresa, y ni que decir tienen las estrechas relaciones que mediarían entre los dos en aquellos años de consolidación de la magna obra teresiana. Diversos episodios nos ha dejado la historia sobre los contactos entre el primer catalán descalzo y la Madre de la Reforma. Quizá el más elocuente y emotivo sea el que relató el mismo P. Roca en el sermón predicado en Tarragona (octubre de 1614) con motivo de las fiestas de la beatificación de la Santa: “Explicando yo esta doctrina desta presencia de Dios por estas operaciones y simpatías de amor en una plática que nuestra santa me mandó hacer en un convento de monjas, donde era prelada... en acabando la plática despidió todas las religiosas y con mucha instancia me preguntaba como había dicho aquella doctrina. Y replicándole yo que me dijese la causa de su pregunta, no quiso por su mucha humildad descubrirme la gracia que tenía escondida en su Pecho, hasta que con juramento le prometí de guardarle secreto...”

Santa Teresa de Jesús, que no tuvo la satisfacción de pisar personalmente las tierras catalanas, entró en Cataluña en la persona del P. Roca, “criado a la leche de la Santa” –como dice el P. Silverio.

Difícil buscar otro religioso que mejor pudiera representar el espíritu teresiano entre sus paisanos. Incluso traía consigo el “báculo que llevaba en la mano” la Reformadora en los últimos años de su vida y que entregó al P. Juan de Jesús, “en prueba de cariño” la última vez que se vieron. El padre Roca venía pues “en el espíritu y virtud” de santa Teresa de Jesús para extenderlo por el principado catalán.

Desde aquellos días de noviembre de 1585 hasta nuestros días, la Santa ha recorrido todos los rincones de nuestra tierra, donde la venera y ama, merced al apostolado de sus predilectos hijos, los conocidos Carmelitas, en sus dos fecundas ramas de las que han brotado –quizá como en ninguna otra región española– sendos retoños transformados de diversas congregaciones religiosas a través de las cuales se difunde constantemente la doctrina y espíritu de la Santa que pronto va a cumplir los cuatrocientos años de su permanencia en Cataluña.

* [Publicat a *Almanaque Carmelitano-Teresiano* (1962), pp. 89-90.]